

Primer Premio Literatura Infantil
Categoría Familiar (año 2000)
Autora: Patricia Hauser González
Seudónimo: "Triculina"

Los magos también meten la pata

El Gran Mago Gustacio estaba en cama desde hacía cuatro días por orden del doctor de los magos. Tenía algo terrible, había perdido la capacidad de hacer magia en el último espectáculo. Lloraba y lloraba sin parar, buscaba en los libros de su abuelo y tatarabuelo recetas para volver a tener poderes, pero lo único que conseguía era mojar las hojas de los libros con sus lágrimas.

Cuando el comité de magia se enteró de la noticia llamó a una reunión y decidieron enviar una lechuza veloz, con un mensaje urgente al médico especialista en pérdida de magia.

El médico interrogó a Gustacio y le mandó hacer cama una semana y tomar dos cucharones de seso de elefante con vinagre todos los días para recuperar la memoria. Era muy importante que recordara todo lo que pasó aquella noche.

Él tenía que saber si había perdido la capacidad de hacer magia o se la habían robado, porque el tratamiento en uno u otro caso era distinto.

La memoria del mago estaba algo confusa, sobre todo cuando llegaba al final del espectáculo. Él había pedido que pasara otro niño del público para ayudarlo a convertir un gato en un perro. Pero ello no fue posible. Después de intentarlo tres veces, el gato furioso se trepó al palo que sostenía el telón del escenario y de allí nadie lo pudo bajar. Cuando la memoria de Gustacio llegaba aquí, se ponía a llorar y no recordaba más.

Pero sólo el Gran Mago estaba preocupado.

En otro lugar de la ciudad también lo estaba Juan Martín.

Desde aquel sábado, después que suspendieron el espectáculo de magia, le habían sucedido cosas extrañas. Juan Martín recordaba cuando el mago lo eligió como ayudante. Lo que más lo había impresionado fue la aparición de distintos animales en una galera que él había visto vacía. Él mismo los había sacado, primero una tortuga y luego una paloma, un conejo y un huevo de avestruz gigante.

Pero el final del espectáculo fue un desastre.

El mago salió corriendo a pesar de su edad, el público enojado pedía la devolución del dinero de la entrada, sus primos decían que aquel mago era un farsante, y él lo defendía porque había sido su ayudante y lo había visto hacer magia de verdad. Todo ello lo dejó muy enojado.

En su casa rápidamente olvidó lo sucedido porque le pasó algo fantástico.

Al entrar en su cuarto jugó a que era un gran mago y arreglándose el cabello dijo con voz ronca las palabras mágicas: –“Triculín, Triculina que este cuarto se ordene ya” –miró a los costados, hacia arriba, hacia abajo y todo estaba en su lugar.

No entendía nada, pero menos iba a entender su madre cuando entrara al cuarto, así que el tiempo que tenía para ordenar lo usó para desordenar un poco, para que no sospechara.

Cuando su madre entró estaba poniendo un zapato arriba de un banquito, con disimulo lo volvió a poner junto a su par y ella lo felicitó.

En los días siguientes intentó varias veces con las palabras mágicas pero no le dieron resultado, no pasaba nada.

Pero ese día en el recreo de la escuela volvió a suceder. Fue cuando vio venir la patada de Pepe, rascándose la cabeza nervioso le dijo a su amigo Silvio: –Si fuera mago diría las palabras mágicas “Triculín, Triculina, que Pepe se convierta en sapo ya” –e instantáneamente apareció aquel animal saltando en el patio. Todos gritaban tratando de agarrarlo, menos Juan Martín que estaba como petrificado.

–Ay, qué hice, qué hice –repetía temblando.

Su amigo ignorando lo que había pasado gritaba: –Vamos a agarrar el sapo para llevarlo al taller de ciencias para hacer un experimento.

–Por favor que no se escape, cuidado con él –decía Juan Martín y repetía las palabras mágicas, pero éstas no daban resultado y los niños seguían persiguiéndolo.

Con desesperación, agarrándose la cabeza asustado dijo –“Triculín, Triculina, que el sapo se convierta en Pepe, ya”.

Entre los arbustos, todo sucio de barro apareció Pepe llorando, sin saber cómo había llegado allí.

Después de esa experiencia, Juan Martín decidió no volver a insistir con la magia hasta esa noche.

Preocupado por lo que le estaba pasando, de pronto pensó en la posibilidad de que lo que le estaba sucediendo a él podría estar relacionado con lo que había pasado la noche del espectáculo de magia.

En su cuarto encerrado buscó en la guía de teléfonos el número del mago, pero no lo encontró.

Decidió valientemente decir las palabras mágicas e intentar que éste viniera a hablar con

él:

–“Triculín, Triculina, que el mago Gustacio aparezca acá”. Varias veces lo intentó pero en ninguna obtuvo resultado.

Era imposible dormir, pensaba en los nervios que había pasado cuando no podía reconvertir el sapo en Pepe. A veces la magia funcionaba y otras veces no.

Se recostó en la cama, y con las dos manos debajo de la cabeza volvió a decir despacio las palabras mágicas:

–“Triculín, Triculina, que aparezca el mago Gustacio ya”.

En ese momento lo vio al lado de la cama con cara de asombro. Era el mismísimo mago en persona. Juan Martín saltó como un resorte, lo miró sin poder hablar.

–¿Fuiste tú que me trajiste hasta aquí? –preguntó Gustacio serio, –¿qué querías decirme?

Juan Martín le contó todo lo que le había sucedido.

Gustacio se enroscó en su barba y luego giró como un trompo, exclamando:

–¡Por los murciélagos mellizos de mi tío Miélagos, cómo no lo pensé! Todo está en mi memoria ahora –y soltó una carcajada de alegría.

–Ahora recuerdo todo –dijo arrugando la nariz– cuando te agradecí por haber sido mi ayudante cometí un descuido –y poniéndose muy colorado continuó: –Más bien metí la pata, toqué tu cabeza con la varita mágica tres veces en lugar de dos, y en lugar de decir: “Triculín, Triculina, muchas gracias el mago te da” dije: “Triculín, Triculina, el mago la magia te da”.

Y te la di prestada hasta la nueva luna, que luce hoy en el cielo –le dijo señalándola por la ventana, mientras saltaba de alegría por haber recuperado los poderes. –Eso, eso es lo que pasó. Yo mismo pasé el poder de mi magia a tu cabello. Esa es la explicación de por qué podías hacer magia solamente si te tocabas el pelo.

Se enroscó la barba en el brazo, le dio un gran abrazo de despedida a Juan Martín y le dijo:

–Pronto sabrás de mí, “Triculín, Triculina, este mago ya se va” –y al instante desapareció.

Al otro día Juan Martín encontró, debajo de la puerta de entrada de la casa, un sobre redondo con una tarjeta. En ella se informaba que había sido ganador, en el sorteo realizado en el último espectáculo del Gran Mago Gustacio para ser el ayudante oficial en la nueva temporada de magia, que comenzaba el próximo fin de semana en el teatro “Lunas y Gatos”. ❖